Marina, poeta cazada por las ratas

Dos fragmentos de escenas

Fragmento de la escena basada en la Correspondencia a tres (Marina Tsvietáieva, Rainer Maria Rilke y Borís Pasternak)

MARINA.- La Vendée es el símbolo de resistencia a la Revolución, por eso me gusta. Además, no podemos permitirnos vivir en París. París se convirtió para mí en el lugar del hambre. Por eso escribí el *Poema de la escalera*.

BORÍS.- “Las cosas de los pobres son los huesos, son la piel. / No, nada de carne, tan sólo la angustia”.

MARINA.- Dejemos eso, por favor… ¡Qué bien que comprendo ese temor tuyo a las palabras deformadas por la vida, tan equívocas ya! Tu oído siempre tan sutil, ¡cuánto lo amo, Borís! Estrecho tu cabeza entre mis brazos, qué grande debe de ser a juzgar por lo mucho que hay dentro de esa cabeza, es el Ural entero. El Ural, donde mi padre fue a buscar mármol para el museo. Recuerdos de la infancia, de repente. Borís, ¿te das cuenta de que me ofrezco como un don poco a poco, en pedazos, en piezas? Te mando este poema que acabo de terminar, entre ir al mercado y arreglar la casa, entre barrer y fregar, en el intento de decencia sin llegar a pasar demasiada hambre: *Enviado del mar*. Me gustaría que leyeras mi poema largo, *El cazador de ratas*, pero que lo leyeras a media voz, moviendo los labios. (*Silencio*.) Ay, Borís, Rilke está abrumado, no necesita a nadie, y mucho menos fuerzas ajenas, que siempre atraen, que siempre distraen. Rilke es un ermitaño. Cuando se convirtió en Dios, Goethe no necesitó más que a Eckermann, oídos que tomen nota, ojos que quieren ver el *Segundo Fausto*. Pero Rilke es más grande, mucho más, no necesita Rilke ser intermediario entre Dios y un *Segundo Fausto*. Es más viejo que Goethe y que tú y que yo, y que todos sus amigos.

BORÍS.- Rilke estaba seriamente enfermo, y trataba de decirlo de una manera discreta. Marina no lo comprendió. Y yo no estaba en condiciones de comprenderlo. Creyó que se la quería quitar de encima. Y Marina insistió después de esperar un par de semanas.

MARINA.- Querido Rainer Maria. Lo dice Pasternak: iremos juntos a ver a Rilke. Pero no quiero molestarte. Estás en un mundo demasiado alto para nosotros, lo comprendo. Mi amor hacia ti está disperso en pedazos de días y de cartas, de horas y de líneas. Pero a mí las cosas se me pasan deprisa. Comprendo: no puedes escribir. No escribas. No importa. Dices que escriba yo… No sé, Rilke, no sé. ¿Qué quería yo? Tan sólo acercarme a ti, sin carta, sin papel, tú, delante de mí, de nosotros. Así soy yo, Rainer. El amor es ingrato y es suicida. No tengo respeto alguno por el amor. Alguna vez lo escribí: “la suprema bajeza del amor”.

BORÍS.- Y de repente, la *Elegía*.

RILKE.- Castillo de Muzot, 8 de junio de 1926, al atardecer. Te mando estas fotos. Mándame tú algunas tuyas. No sabes el júbilo que sentiría.

*Elegía a Marina Tsvietáieva.*

Olas nosotros, Marina, y mar. Profundidades nosotros, y cielo.

Tierra nosotros, Marina y mil veces primavera, aquellas alondras

Arrojadas a lo invisible por el canto disperso.

Lo cantamos jubilosos, y aun así de pronto nos adelanta,

Y de repente nuestro propio peso reduce a queja ese canto.

¿Pero la queja…? ¿No es acaso juvenil gozo, transformado?

También los dioses de aquí abajo desean alabanzas, Marina.

Los ingenuos dioses que como el colegial esperan elogios.

Pues entonces de elogios seamos ahora pródigos.

Nada es nuestro. Apenas si nuestros dedos rodean

El tallo de las flores olvidadas: algo así vi a orillas del Nilo,

En Kom-Ombó. Reyes que renuncian y vierten la libación.

Como los ángeles que marcan los umbrales de quien ha de salvarse,

Así, con fingida dulzura, nuestro roce, tacto, caricia…

MARINA.- Borís, te mando el *Poema de la montaña*.

BORÍS.- Marina, te mando la primera parte de *El teniente Schmidt*.

MARINA.- Borís, te mando el *Cazador de ratas*.

BORÍS.- Marina, te mando *Por encima de las barreras*. Es de mi juventud, pero no apareció hasta la guerra, hasta el año de las revoluciones.

MARINA.- Ay, Borís, los checoslovacos exigen que vuelva allá, si quiero conservar la beca, o tendré que renunciar a ella. Imposible volver ahora, he pagado el alquiler de esta casa hasta octubre. No puedo volver a Checoslovaquia, la he agotado por completo, ahí está, en el *Poema del fin*, en el *Poema de la montaña*. Pero si no tengo ese dinero, me veo en la calle. Sospecho que me ha calumniado un ruso de Praga, uno de esos de la emigración que me tienen envidia. ¡Envidia, a mí, que no tengo donde caerme muerta! Y Seriosha no quiere saber nada de ir a Praga. Ni siquiera puedo trabajar en una fábrica, los propios rusos nos rechazan. No me perdonan que haya escrito y publicado *El poeta sobre la crítica*. Pero ¿y ahí, en Rusia? Me duele lo que ha escrito Maiakovski: joven camarada del Komsomol, no leas a Tsvietáieva, lee mejor estos otros poetas, son más sólidos: ¡son hombres! Tratan los mismos temas, pero ¡qué diferencia! Dile a Maiakovski que yo también tengo cosas nuevas que él desconoce. Entre nosotros: el ataque de Maiakovski me sienta peor que perder la beca de los checos; no por mí, sino por él. (*Silencio*.) A Borís le habría escrito además otra cosa, pero no lo hice, lo hubiera interceptado la censura, y le habría traído problemas serios a mi pobre Boria. Le hubiera escrito: “Lástima de poeta. Me equivoco con los hombres. Mi pobre marido no es un cisne. Lo amo, pero no es un cisne. Y nunca creí que Vladímir fuera a ser, por el contrario, un buitre al servicio de la barbarie. Los buitres, al menos, esperan a que hayas muerto para repartirse tus despojos. Hay quien critica a Vladímir Vladimírovich por ser un poeta de la corte soviética. Bah, siempre hubo poetas en las cortes reales, principescas, ducales… Pero la traición del buitre es más dura si antes lo confundiste con una paloma blanca que traía poemas de esperanza. ¿Qué esperanza hay en la denuncia? Aquí me denuncian, allí me denuncian. Odio a los denunciantes.”

BORÍS.- (*Es la actriz, no el personaje*.) Pobre Marina. Qué poco sospechaba entonces que vivía con alguien destinado a ser un denunciante. La economía familiar se salvará un día gracias a los servicios prestados a la Cheká. La Cheká o como se llamara entonces. Creo que me adelanto un poco, discúlpenme. Será mejor que hable Marina. Mírenla, miren cómo trata de quedarse para ella sola al bueno de Rainer Maria Rilke. Ya lo vimos: ella no sabe lo enfermo que está.

MARINA.- Rainer, escúchame: soy mala. Y no me arrepiento. Me duele serlo, pero no siento remordimientos. Borís es bueno. Yo soy una y muchas a la vez. Una multitud insaciable. Prefiero callar, pero cuando me hacen hablar me vuelvo mentirosa si hace falta, aunque haya quien me considere sincera, veraz. Te diré: no quiero compartir. No quiero compartirte. Porque miento, sí, pero no me miento a mí misma. Eso, nunca. Borís me ha hecho un regalo. Ese regalo eres tú. Y no acabo de recibirlo cuando ya lo quiero para mí sola. Al menos, le mandé copia de tus cartas, ya sabes las dificultades del correo allá en nuestra patria, ahora. Rainer, te amo. Te amo y quiero ir a ti. Ah, tu Elegía, Rainer… Yo me he prodigado mucho, siempre, demasiado. Pero yo daba a menudo demasiado, de manera que la respuesta se atemorizaba, así que los poetas no me escribieron poemas, ni siquiera malos poemas. Y, de pronto, tu poema, tu elegía. Te amo, Rainer. Ayer salí a recoger las sábanas, empezaba a llover, se había levantado viento… y ese viento llevaba tu nombre. El primer perro que acariciarás después de esta carta seré yo. Fíjate bien en los ojos que pone.

RILKE.- Marina Maravillosa: siempre que te escribo me gustaría escribirte como tú, transponerme en ti con tus medios tan ecuánimes y aun así tan sensibles. Tu decir, Marina, es como el reflejo de una estrella cuando aparece en el agua y se encuentra por el agua, por la vida del agua, por su noche líquido turbado, interrumpido, abolido y readmitido, recogido después con mayor profundidad en el caudal, cual si estuviera familiarizado ya con ese mundo de reflejo y, tras cada eclipse, más profundamente aún. (*Silencio*.) Ya ves, he tenido que macharme de Muzot. Ahora estoy en Ragaz, con mis viejos amigos, una hermosa pareja.

BORÍS.- Rilke se muestra púdico, discreto. ¿A qué ha ido a Ragaz? Al sanatorio, claro. No hallará curación, sólo una tregua. Y entonces: la carta de Marina del día 2 de agosto.

MARINA.- Gracias por tu regalo, Rainer. Tu carta, un regalo en el día de mi santo. Tú eres, Rainer, lo que soñaré esta noche, lo que me soñará esta noche. ¿Soñar o ser soñada? Un yo desconocido en el sueño de otro. Nunca te espero, siempre te despierto. Cuando alguien nos sueña juntos, nosotros volvemos a vernos. Rainer, si quiero ir hasta ti es también por mi nuevo yo, que no podría nacer sino contigo, en ti. Rainer, quiero dormir contigo, adormecerme y dormir contigo. Dormir. Nada más. Aunque sí: refugiar la cabeza en tu hombro izquierda, pasar mi brazo por tu hombro derecho. Sólo eso, nada más. Aunque sí: saber, hasta en lo más profundo del sueño, que eres tú. Y más aún: cómo suena tu corazón. Y además… besar tu corazón. (*Silencio. Repentinamente agitada*.) 14 de agosto de 1926. Amigo querido: ¿has recibido mi última carta? La eché a un buzón de un tren hace más de diez días. Tal vez se perdió. Rainer, este invierno tenemos que vernos. En un pueblecito. El tiempo que quieras, mucho poco, como tú quieras. Te escribo así sencillamente porque sé que no sólo tú me amarás mucho, sino que yo te daré mucha alegría. O tal vez este otoño, Rainer. O en primavera. Dime que sí, para que desde hoy mismo tenga una alegría grande, algo hacia lo que volver mi mirada. Dile que sí a aquel verso tuyo: “El pasado está todavía por venir”.

RILKE.- Ese tren del que tanto desconfías corrió hasta perder el aliento y llegó hasta mí. Quién sabe si “el pasado está todavía por venir”, si ese verso mágico no adquiere en medio de la angustia un sentido muy distinto.

 MARINA.- 22 de agosto. Rainer, cuando te digo “Soy tu Rusia”, tan sólo quiero decir (una vez más) que te amo. El amor vive de excepciones, de aislamientos, de exclusiones. El amor vive de palabras y muere con los hechos. Bueno, creo que soy lo bastante comprensiva, no pretendo ser para ti toda Rusia. Es una manera de hablar. Una manera de amar. (*Silencio*.) Vivo de manera que te resultaría inverosímil: ir a la plaza, traer compra, el horno, la escoba, la pila de fregar… Ni una sola de las mujeres que tú conoces podría vivir así. Si yo no tuviera que barrer más me parecería el reino de los cielos. ¿Sabes? Mi reino en la tierra es negro, muy negro. Pero eso no importa ahora, tan sólo me importa a mí. Cuando más te alejas, Rainer, más penetras lejos en mí. Yo no vivo en mí, fuera de mí. Yo no vivo en mi boca y el que besa mi boca no es a mí a quien alcanza. En serio, Rainer: si de veras quieres verme, eres tú quien tiene que dar el paso: “Estaré en tal sitio dentro de dos semanas, ¿vienes conmigo?” Eso debes decir. Además, no tengo un céntimo. (Silencio.) Borís se ha librado de mí. Eso creo. Su mujer, su paciencia, su nostalgia, su pudor. ¿Cuánto tiempo vas a estar en Ragaz? ¿Has escrito en los últimos tiempos? (*Silencio*.) Sin respuesta. Varios. Meses. Rainer, ¿qué pasa, qué pasa? ¿Qué he hecho, qué he dicho, qué escrito…? (*Silencio*.) Bellevue, 7 de noviembre de 1926. Una tarjeta postal para Rainer. Querido Rainer, ahora vivo aquí. ¿Me amas todavía? (*Silencio*.)

BORÍS.- Fin de año. Marina me escribe cuando el año 1926 se acaba. Por fin ha tenido noticias de Rilke. Dios mío, Dios mío, por fin tuvimos noticias de nuestro buen amigo, de nuestro gran poeta. De Rainer.

MARINA.- Bellevue, 31 de diciembre de 1926. ¡Borís! Rainer Maria Rilke ha muerto. No sé la fecha, hará tres o cuatro días. Borís, ¿nos volveremos a ver alguna vez tú y yo?

Escena con el llamado Iván Karamázov (personaje imaginario). Julio de 1939.

IVAN.- ¿Marina? Claro que la conocí. Marina Ivánovna Tsvietáieva. Una gran mujer. Una pobre mujer. Permítanme que no me presente. Soy un poeta menor. Rusia tiene tantos poetas mayores que puede permitirse el lujo de tener poetas como yo. Menores. Ni siquiera fui de los poetas menores demasiado favorecidos por el régimen. Ni siquiera eso. Soy un poeta menor. ¿Mi nombre? No importa mi nombre. Pongamos que me llamo Ivan Karamázov, ¿les parece bien? Alguien dijo que el destino de todos es el olvido. Como poeta menor, yo llegué antes.

MARINA.- Por favor, ¿es ésta la oficina del poeta Iván Karamázov?

IVAN.- Fui un poeta burócrata. No un oficinista que se dedica a la poesía cuando puede, no. Un burócrata del partido, cumplidor de todas las órdenes, incluso las que no te daba nadie. Todo el mundo sabía que yo existía, pero pasé inadvertido todo el tiempo. Oculté todo lo que pude. Por ejemplo, oculté que pasé una parte de mi infancia y mi adolescencia en Francia y en Alemania. Finjo que conozco esos idiomas con torpeza. Finjo que no sé nada de lo que pasa fuera, pero leo los periódicos que sólo se pueden ver en cierto despacho de la Unión de escritores. Cometo errores para que el camarada que me tiene a su cargo pueda corregirme. No, no se dan cuenta. Cambian a menudo, a veces desaparecen misteriosamente, no se vuelve a hablar de ellos, así que puedo usar siempre el mismo truco.

MARINA.- No, no tengo cita con él. Si es preciso, vuelvo otro día.

IVAN.- Se me nota que no tengo ninguna ambición, y no me temen ni los más desconfiados. Además, estoy más bien abajo que arriba. Antes de que ella emigrara, tuve alguna amistad con Marina Ivanovna. Sí, esa misma que pregunta por mí a la camarada de la portería. A veces me llegaban noticias de ella: había vivido en Berlín, en Praga, en París. Yo leía con avidez las revistas de la emigración, había gente muy buena, qué suerte que se marcharon. Lástima que no se marcharan otros. Al menos, el camarada Maiakovski se suicidó, lo mismo que aquel poeta campesino, el que se acostaba con Isadora, la bailarina loca aquella, sí, tienen que acordarse ustedes. Sergei Esenin, sí. Escribió algo que él llamó *Rusia a la deriva*.

MARINA.- Esperaré, si no es molestia.

IVAN.- Pero otros se quedaron. Ajmátova, Mandelstam, y sobre todo ese “ángel del cielo”, como llama el camarada Iosif Vasiorónovich Stalin a Borís Pasternak. Pasternak y Marina parecen muy amigos, pero apenas se han visto en vida, qué cosa tan curiosa. Las cartas que le escribía él eran poemas de amor, o pocos menos. Él estaba casado, pero parecía loco por Marina Ivanovna. Muchos quisieran que Pasternak se marchara a occidente, y que dejara su puesto libre.

MARINA.- Dígale que soy Marina Tsvietáieva. Soy la hija del fundador del museo Pushkin, Ivan Tsvietáiev, ¿sabe usted? Sí, el… el camarada Karamázov me conoce.

IVAN.- En fin, llegué a pensar que Marina era una pequeña gloria nacional de la emigración. Pero había bastante desacuerdo en eso. Muchos la tomaban por una pobre loca, y algunos aseguraban que era una fregona casera que en los ratos libres hacía rimas caprichosas. Pero supe algo más. Supe que su marido había evolucionado mucho. Desde voluntario del Ejército blanco, enemigo del bolchevismo, a espía del NKVD, el GPU, la Cheká, como se decía antes. No saben ustedes la sorpresa que me llevé cuando vi aparecer a Marina en las oficinas de la Unión aquel día de verano de 1939.

MARINA.- Usted es… Ivan Fiodórovich.

IVAN.- Ay, Marina Ivánovna. No puedo creerlo. Qué hace usted aquí.

MARINA.- ¿No puede creer que esté o aquí?

IVAN.- No puedo creer eso. Y no puedo creer que me reconozca. He envejecido mucho.

MARINA.- No hablemos de envejecer. Todos envejecemos. Usted y yo, uno dentro y otro en la emigración. El único que no envejece es Borís Leonídovich.

IVAN.- (*Al público*.) Ya salió Pasternak. El niño mimado. El elegido de los dioses. Ay, ahí empezó la conversación que tuve y no tuve con Marina Ivánovna. Si me lo permiten, le diré lo que no le dije. Y no se lo dije porque no se lo podía decir. Por ejemplo. Yo tendría que haberle dicho lo siguiente, pero no se lo dije. (*A Marina*.) Cómo se le ocurre volver a Rusia, querida Marina.

MARINA.- Yo no tenía intención de volver. Vivíamos mal, pero respirábamos. Créame, Ivan Fiodórovich, el capitalismo es el infierno. Pero aquí no hay salvación.

IVAN.- (*Al público*.) Sí, eso me habría respondido. Ella era así. No es que fuera sincera, era más bien imprudente, le gustaba provocar. Hubiera seguido más o menos así…

MARINA.- Pero mis hijos querían volver. Y mi marido tuvo que regresar.

IVAN.- Sí, ya sé que su misión en el exterior… digamos que terminó.

MARINA.- ¿Su misión?

IVAN.- (*Al público*.) Muy sincera, muy espontánea, muy provocadora, todo lo que ustedes quieran. Pero se resistía a ver algo que era claro como la luz del día: que su marido era un agente a nuestro servicio. ¿Nuestro servicio? Por favor, no se rían. Ya saben lo que quiero decir. Así que le hice una pregunta cuya respuesta… Bueno, ahora lo verán ustedes. (*A Marina*.) ¿Dónde vive ahora?

MARINA.- En Bolshevo. Una dacha muy bonita.

IVAN.- Y entonces, yo no le dije: Pero camarada… ese es un conjunto administrado por la NKVD. Es para agentes secretos en espera de… de recibir órdenes. O, lo que es bastante habitual, en espera de que los fusilen. (*Al público*.) No, no soy un lúcido topo, ni un agente doble. Siempre supe callar. Por eso, esta conversación no tuvo lugar. Ahí estaba Marina Ivánovna Tsvietáieva, delante de mí. Yo pensaba todo esto, deprisa, sin pararme mucho a pensarlo. Me lo sabía de memoria. En esos años había sucedido aquello demasiadas veces.

MARINA.- Estamos Sergei y yo. Están mis hijos. Ariadna. ¿La conoció usted? Ahora es toda una mujer, tiene veintiséis años. Me va a hacer abuela pronto. Y mi hijo, Mur, el gato Mur. (*Ríen ambos*.) Adoro a mis hijos. Dicen que tengo preferencia por Mur, que se llama Georgy. Tal vez sea cierto. En la casa hay otra familia. Está Nina Keplínina, que trabajó con Sergei en París, buena amiga. Y su marido, que…

IVAN.- Ahí se habría detenido Marina. Hubiera continuado enseguida, era muy rápida, pero le perdía la falta de doblez. Ahí se habría detenido y yo hubiera podido completar lo que ella callaba. (*A Marina*.) Sí, sé quién es Kleplínin, el marido de su amiga. Fue un oficial de la Guardia Blanca, como su marido de usted. De manera que él puede ser el espía de Beria. Los de la Guardia Blanca que cometieron el error de regresar se tienen que hacer perdonar. Lo que no saben es que hay cosas que no se perdonan y que no tienen nada que ver con eso. No sé si sabe usted, Marina Ivánovna, que en todo grupo hay un espía obligatorio. En una cooperativa de trabajadores de la construcción. En una pequeña compañía teatral. En un cuarteto de cuerda, por ejemplo. No digamos en una orquesta o en una granja colectiva, ahí hay varios, incluso muchos. En una comunidad de vecinos. En una dacha con personas venidas de occidente y mantenidas por el servicio secreto…

MARINA.- También está mi yerno… Bueno, Mulia y Ariadna no se han casado todavía, pero…

IVAN.- Ese Mulia, ¿cómo se llama?

MARINA.- Samuil Gurévich. ¿Por qué lo pregunta? ¿Lo conoce usted?

IVAN.- No. Pero deben conocerlo en alguna parte. Tal vez sea él el espía que los vigila.

MARINA.- Por favor, Ivan Fiodórovich, me quiere usted volver loca. ¡Mulia, espía!

IVAN.- O tal vez la familia esa, el señor Keplínin. Pero sepa usted que hay un informante, eso es seguro. Y sepa usted que a su marido, a Sergei, lo van a deportar. O lo van a fusilar. ¿Por qué ha vuelto, Marina?

MARINA.- Bueno… Los chicos, Sergei… Y yo quería ver a mi hermana.

IVAN.- ¿Ha visto ya a su hermana?

MARINA.- No consigo dar con el paradero de Anatasía. Parece que viajó al norte…

IVAN.- ¿Al norte? Más bien al este, camarada Tsvietáieva. Se enterará usted tarde de todo. Dentro de poco sabrá que a su hermana la han deportado a Siberia. Y dentro de unos meses usted creerá que a su marido lo tienen retenido por error, y será viuda sin saberlo. Eso pasa muy a menudo aquí. ¿Por qué ha vuelto, Marina Ivánovna? Bastaba con que regresara su marido, era su destino. Pero arrastrarla a usted, y a sus hijos… (*Silencio.*) ¿Se acuerda usted del camarada Vsevolod Meierhold?

MARINA.- Sí, claro que me acuerdo. Ese tipo se preguntaba cómo es posible que después de una revolución permitieran publicar poesía reaccionaria a gente como yo.

IVAN.- Eso mismo se dijo del teatro que hacía él. Ya no tiene teatro. Está en paradero desconocido. A su esposa la mataron unos delincuentes, unos borrachos. Fue horrible. La destriparon. ¿Conocía usted a Zinaída Reich? (*Al público*.) Bueno… Esta es, más o menos, la conversación que nunca tuve con Marina Tsvietáieva. La que tuve fue menos cordial, menos sincera. Le facilité documentos, impresos, todo lo que necesitaba para hacer solicitudes e ingresar en la Unión de escritores.